**Universidad: algunas reflexiones**



En una conferencia dictada en abril de 1998 en la universidad de Stanford, y a la que dio por título “La universidad sin condición”, Jacques Derrida comunicó a su auditorio la imagen de esa universidad que consideraba necesaria para nuestra época. Comienza por definirla de “espacio de resistencia”: opositor a dogmatismos de cualquier índole: religiosa o política; ajeno a toda negación de la individualidad o la tolerancia. Precisamente, dice Derrida, la universidad está llamada a inculcar la tolerancia en sus estudiantes; entre otras cosas, como una manera de reforzar la conciencia democrática en ellos.

Territorio de la crítica y el diálogo, toda universidad digna de tal nombre, es inseparable de eso que Derrida llama las “nuevas humanidades”, propugnadoras según él, “de principios de libertad, autonomía, resistencia, disidencia”; deudo- ras de propósitos éticos encargados de alimentar toda forma de conocimiento, aún el científico o tecnológico; y es que ni la ciencia ni la tecnología deberían perder nunca de vista su destinatario esencial: el ser humano.

Como he comentado alguna vez, en sutiles juegos de complejas armonías y delicados equilibrios, fue escribiéndose el itinerario universitario. En épocas muy remotas, anterior al nacimiento de las primeras universidades, los monasterios medievales -aislados del mundo y aislados de las ciudades y del tiempo de los hombres- fueron custodios únicos del saber. Frente a ellos las universidades surgieron como expresión de una temporalidad secular que apoyaba la curiosidad de los hombres. Desde entonces, las universidades se pro- pusieron ser, además de guardianas del saber, hacedoras de nuevas formas de saber, una intención que llega hasta nuestros días. Pero junto a la proximidad al cuerpo social, la universidad impuso, también, una digna independencia. En suma: diálogo entre universidad y ciudad pero sin sub- ordinaciones: comunicación entre dos interlocutores que, necesariamente, se complementan y acompañan. De parte de la universidad será la defensa de su independencia ante cualquier condición ajena a sus propósitos, ante todo tipo de emprendimientos guiados por intereses excesivamente estrechos y circunstanciales.

Diría que toda universidad digna de tal nombre es, ante todo, un espacio ético: no sólo centro de altos estudios destinado a acumular conocimientos o a producirlos; sino, también, ese lugar donde un estudiante generalmente joven -ya no el niño que dejó atrás el colegio, ni el adulto formado -o deformado- incapaz de cambiar sus perspectivas, tiene aún mucho que aprender. Como muchas veces digo a mis estudiantes: no es concebible un buen profesional que sea una miseria humana; ni, tampoco, un buen profesional ignorante de cuanto no pertenezca a su limitada área de especialización.

Los principios que rigen la realidad universitaria se relacionan con curiosidad, con ideales, con valores, con sueños... Cosas, todas ellas, que jamás podrían ser sometidas a la imposición de irrestrictas obediencias ni al arbitrio de una voluntad o al designio de algún adoctrinamiento.

Adoctrinamiento significa coacción por medio de consignas, de respuestas aplastantes y únicas; alude a ideologización, a homogéneas colectividades seguidoras de “definitivas” verdades desde las cuales discriminar a todo quien piense diferente. La universidad no existe ni para adoctrinar ni para formar ideólogos. Eso reduciría miserablemente su propósito. Sería, de hecho, el fin del ideal universitario. No se en- tiende, no entiendo, una universidad empeñada en hacer de sus estudiantes seres obedientemente entregados a la repetición de algunos argumentos junto a los cuales alcanzar el más triste, el más lamentable de los resultados: dividir el universo entero entre quienes piensan como nosotros; y los otros: todos los demás.

Definitivamente, siempre han existido grupos humanos que se avienen mal con la obediencia ciega, con la falta de cuestionamientos; grupos que no aceptan ser uniformados y suelen obedecer a sus intuiciones y a sus sueños; que, por sobre cualquier otra cosa, se apoyan en su libertad. Fanatismos, obediencia irracional, ausencia de crítica pertenecen a universos ajenos a la universidad: espacios que, general- mente, sustentan sus principios y valores sobre la supresión de cualquier forma de individualismo. El mundo castrense, por ejemplo, saturado de uniformes y uniformidades, de estandartes e himnos, de obediencias y consignas, acostumbra imponer la razón de algún “superior” sobre muchos “inferiores” como el único argumento posible. Iniciativa que no es exclusiva del mundo militar: se repite en todos aquellos espacios empeñados en reducir la individual complejidad humana al tamaño de un lema, un proyecto, un código, una obediencia o un símbolo.

En ninguna universidad podrían callar diálogos fundamenta- dos en la iniciativa, el compromiso, la búsqueda de la ver- dad... Y junto con la verdad será, también, la irrenunciable demanda del otro gran valor de la vida universitaria: la libertad. Verdad y libertad: dos ideales; dos realidades de las cuales, estudiantes y profesores, acostumbrados a ellas, ya nunca podrían prescindir.